



Alvaro Rodríguez nos muestra una roca donde nítidamente vemos las huellas de una vieja palma esculpida por la mano de los tiempos. Una ventana abierta a cien millones de años.



El quemador de piedras admira nuestra cita de que esas piedras cuentan la historia del mundo desde hace 125 millones de años. Son las mismas que él cocina hoy por quince colones de sueldo cada veinte horas de trabajo.

Alvaro Ramírez tiene 24 años de edad y dos hijos. No siempre ha vivido aquí en Patarrá de Desamparados. Cuando tenía ocho años sus padres habitaban al otro lado de ese cerro donde deja de ser Desamparados y empieza Cartago y se llama Quebradilla. Pero en Quebradilla la tierra es árida. Todo lo que se puede sembrar se hizo y se quemó la tierra tantas veces que hoy ya no queda nada. Por eso, sus padres un día liaron sus bártulos, colocaron sus cuatro útiles de cocina en los parajes de una carreta y se vinieron acá.

Alvaro tenía 14 años. De eso hace ocho años. Y el oficio de su padre aquí no servía. Se empezó de nuevo haciendo trabajo como aprendiz de cantero en el costado de estos grandes cerros.

—Son grandes y hermosos, verdad?

—Es cierto. Desde los tiempos de la Colonia, las crónicas nos hablan de estas canteras de cal. De aquí salió ese polvo blanco para encalar todas las casas de adobe. Y de aquí salió la cal que, revuelta con arena y clara de huevo, sirvió para hacer la argamasa de las viejas iglesias nuestras como Orosí, Ujarráz, Nicoya y tantas que el tiempo y la indiferencia de los hombres han ido dejando que se destruyan.

Y hoy desde aquí sale la cal para abonar los cafetales, el tabaco para construir carreteras, seguir pintando las casas, acicalar los cañales, y la cal con abono, como material de construcción, para dar belleza a las ya pocas casitas viejas de blancos adobes que hoy todavía se ven "arrecostadas" por los caminos.

Por un instante, miro los grandes cerros color de rosa y de malva. Un plomo azul va virando en vetas donde el sol se hace crisol de vientos y de formas.

En los pedazos de roca que se descuajan después del trueno de la dinamita que hace vibrar la lejanía, se encuentran adheridas a las rocas cosas ex-

## El quemador de piedras

Por José León Sánchez

trañas. Conchas, pequeños moluscos, huella de plantas, pedazos de ramas. Uno las toma en las manos y cerrando los ojos vuelve a un raro paisaje de hace ciento veinticinco MILLONES DE AÑOS ATRAS. —¿Cómo era Patarrá en ese tiempo? ¿Era solamente mar? No porque de tarde en tarde calcados sobre las rocas aparecen ramas y formas de moluscos.

Hoy cuando recogemos una simple concha incrustada en una de estas rocas estamos tocando con nuestras propias manos el testimonio más increíble de la historia del mundo. Tan increíble que la imaginación del hombre no alcanza a comprender en toda su belleza el intrigado misterio.

Aquí sobre esta ruina de los tiempos trabaja Alvaro Rodríguez.

Oficio: quemador de piedras.

—Empecé ayudando a mi padre allá en los cerros. Mi padre barrenaba huecos en la pared de la montaña. Yo le echaba agua, cerraba los huecos con barro húmedo, después de colocar la dinamita. Papá prendía fuego y corría a esconderme detrás de las rocas. Luego, la montaña se movía, y se nos venía una lluvia de rocas, algunas tan grandes como una vaca y ahí empezaba yo con un mazo a demolerlas.

¿Has encontrado muchas cosas raras?

—¡Huy muchas! Palmas enteras, huesos de animales, formas de peces...

Alvaro sigue hablando y siento una gran tristeza al pensar en los momentos de inmenso valor científico que estos hombres han levantado sobre el hombro, cargado en camionones para luego lanzar en la

boca devoradora de los molinos.. Pienso en lo poco que cuesta a la Universidad reunir a estos caleros de hoy una tarde y pasarles unas fotografías de lo que puede interesar, cuando se encuentran. Decirles que en ese molino se está triturando parte de la biografía del mundo..

—Luego cargamos la piedra en camionones y la traen aquí.. ¿Ve? Este es el horno.."

Este es el horno, Alvaro el hornero. Gana 15 colones al día y trabaja por turnos de quince horas.

—¿Qué es lo que hacés?

—Cada tres minutos atizo el horno..

Es un horno ubicado sobre una cima. Se cavó un hoyo de ocho metros de profundidad y luego se le atipó de piedras que hay que ubicar en sucesión de gradas. Se parece mucho al horno de los carboneros.

—Bueno, es parecido, solamente que aquí tenemos que darles fuego sin parar, durante tres días, a la piedra, atizando duro cara tres minutos.

—¿?

—No, no importa que llueva. Nosotros tenemos que atizar.

Y analizamos este atizador del horno. Tiene que levantar piedras de cien libras. Las manos se le quemán. Pierde el vello del cuerpo, a cal lo ha ido cocinando poco a poco por años y años hasta metersele por todo el organismo. Recordamos en este momento a otro trabajador de tristeza, el hornero de la sal sobre el que algún día también vamos a escribir.

—A este horno le caben cuatro camionones de piedras. Otros hasta quince. Le ponemos pa-

ra empezar abajo, 40 vetas y luego unas 300 requintas. Piedras tinamaste y piedras punteras y así hasta llenar la bocana. Al final le damos fuego.

—¿?

—¡Claro que las piedras arden! Se van quedando poco a poco durante tres días. Luego dejamos que el horno se enfría y de nuevo sacamos las piedras que llevamos a aquella bodega. Mire.. Le brindo una ayuda a mi amigo Alvaro. Tomamos entre los dos una piedra que puede pesar medio quintal. Está "quemada" y fría desde hace horas. Alvaro toma una manguera y la empieza a regar de agua. La piedra dura se empieza a abrir como un fruto y echa un poco de humo. Acercamos la palma de las manos. Es un humo caliente. Y luego la piedra se va desintegrando poco a poco hasta quedar convertida en polvo blanco. El milagro de la cal se ha realizado.

—Nuestro oficio es variado, duro y peligroso. Muchos de nosotros no tenemos seguros. Los que mejor viven son los que trabajan para la Cooperativa de Caleros de Patarrá.

Ellos sí tienen seguro y no traen bajan tanto, pero nosotros no tenemos esa suerte. Los tajeos ganan poco, los haladores menos, los aguateros mucho menos que nosotros.

¿Los horneros?

—¡Ah, nosotros sí ganamos bastante!

Y lo dice con orgullo citando los quince colones al día por quince horas de trabajo sin seguro ni nada. Terminan una hornada de tres días y empiezan otra y otra..

—Cada hornada da como 200 fanegas de cal..

Abajo está el molino. Un camión todo blanco va cargando sacos llenos de cal. Va rumbo a los arrozales de Guanacaste, los pastizales de San Carlos, las fincas bananeras de la costa Atlántica, a ser regada como base por los duros caminos de la patria. Y nosotros nunca imaginábamos que la cal sirviera para tanto..

En este momento llega un niño con una piedra de dos libras y nos la regala.. Un hermoso hulecho está dibujado sobre la roca.

—Bueno ya no puedo seguir hablando con ustedes, sabe. Tengo que atizar el horno..

Y Alvaro sigue inclinado sobre la boca del horno.. haciendo el polvo blanco para pintar la casa de los campesinos, cimentar carreteras, enriquecer los pastizales y dar vida a los grandes bananales de la zona atlántica, donde también llueve y llueve como aquí sobre ese horno hace muchos años.



Recortada contra el cielo la figura del quemador de piedras nos cuenta que cada tres minutos atiza el fuego.